

Las fieras del ferry

El Nacional, 1956-08-12.

– Hay que estar al pie de los corotos, porque hay mucha fiera...

Para Atanasio Febres que sale en ferry desde Maracaibo para Palmarejo, fiera es cualquier remoto candidato al asalto de sus pobres bultos. El tesoro consiste en un saco de tela con muy pocas cosas dentro, una bolsa de papel y una maletica desguarnecida, encinchada con mecate. Y los candidatos a fiera son unos niños con cara de hombre que meten voluntariamente los bultos de los pasajeros al ferry y después tienden un gesto de espera; uno que otro viejo triste que pide discretamente para reunir el pasaje, y mujeres ocupadas con sus niñitos. Atanasio Febres es un hombre ya gastado, lleno de experiencias y malicias, a quien todo se le antoja sospechoso en su derredor.

Pero Atanasio Febres es simpático, de estos viejos que siempre están en actitud de ascenso y que por fin mueren sin alcanzar la cumbre, pero sin la sensación de estar nunca en una bajada. Con ese aire confidencial que él emplea para decir las cosas, aunque sea a un desconocido como yo, me sopla al oído:

– ¿Qué leche dan estos barcos, mi hermano!...

Y el ferry se va llenando de carros, de camiones y de gente con destino a Palmarejo, que es el otro lado del Lago, donde está el rico distrito petrolero.

– Yo también gané mucho cobre, con un negocio que tuve en Cabimas. Pero ya no estoy para eso. Tengo buena la vista, pero el pulso es el que está fallo.

Y se suelta el ferry "Cacique" del malecón y emprende su caminar de hélice lago adentro. Entonces es cuando el viejo dice:

– Ahora que el barco dejó la orilla, nos podemos ir, que nadie se atreve a tocar las cosas de uno, porque nadie se los puede llevar Lago adentro. Pero cuando el barco está en el muelle hay que estar al pie de los corotos, porque es mucha la fiera que hay...

–2–

Atanasio Febres, de gafas oscuras, corbata y panamá con cinta negra, compra su ticket de a bolívar y sube donde están los asientos del pasaje. Aquí duermen, leen el periódico o conversan los pasajeros durante la hora que dura la travesía. Es gente que regresa desde Maracaibo a Barquisimeto o a Coro o a Carora o a Mérida por tierra, o de andar más modesto hasta Cabinas, Lagunillas o Tía Juana, los campos petroleros más importantes del Lago. Hay también agentes viajeros y fotógrafos que hacen ampliaciones a domicilio y vendedores ambulantes.

En el mismo barco anda uno con un enorme estuche que abre como un biombo y muestra el otro de unos prendedores de madera pintada con purpurina diciendo nombres para prenderlos en las blusas de las novias. No estaríamos donde estamos si

faltasen. "Borgiana", "Arcadia", "Udailda", "Xiomara", "Imelda", "Urinolfa", "Herfalia", "Tamarila", "Estilita", "Adalsainda" ("así se llama la hija de una mujer que tuve yo, ¡verdad!", Atanasio), "Asmiria"...

–Yo soy Nectalí Torres –me dice el muchacho que los vende a dos bolívares– ponga también el nombre mío...

Nectalí me cuenta después que el negocio no es malo, pero ha sido mejor. Ocurre que han vendido mucho y la gente tiene ya su prendedor. El quiere venirse para Caracas, donde el campo de los prendedores de madera pintada están aún sin explotar. Y aquí, él está enterado que explota cualquier cosa. Ya van a reunirse estos nombres de madera pintada a los "marcianos", los "muchachitos vagabundos", los lápices, los cepillos, las hojillas y otras especies que andan rondando las trancazones de tráfico.

– Pero tendrás que llevarte otros nombres...

– Otros nombres también hay...

Y me abre otro panel del biombo donde están "Carmen", "María", "Gladys", "Josefina", "Consuelo". La que más se vende es "Carmen". También hay nombres ingleses, porque los piden bastante. Lo que menos se vende es "Egleth", "Chela" y "Daigi". "Daigi" no se vende casi.

– ¿Tiene "Berenice"? –pregunta un cliente.

– "Berenice" si hay. También hay "Alcibíades"; es el que los hace...

Y se cierra el biombo verde con grandes flores rojas y amarillas en la tapa para adornar un letrero de caracteres de exhibición escolar que dice; "Prendedores para Damas", y los nombres de madera contrachapeada realzada con purpurina y negro se van para otra hilera de bancos y se ofrecen para una blusa de mujer.

– ¿Tiene "Dorgiana"?...

– Sí, "Dorgiana" si está...

–3–

El administrador del botiquín del ferry es Isaac M. Delgado, un hombre que con su gorra blanca que parece de Caitán trabaja como si anduviese paseando. El primer viaje del ferry es a las cuatro de la mañana. Y hasta las ocho de la noche eso es el ir y venir del "Cacique", el "Cabimas", el "Caracas" y el "Carabobo". Y el "Catatumbo", que cuando hay mucho carro y hace falta entra de emergente. Estaba también el "Coquivacoa", que ya está viejo y no anda. Durante el día hay ferry entre el malecón de Maracaibo y Palmarejo cada media hora. Los ferrys parten de cada lado al mismo tiempo y se cruzan en todo el canal. El último viaje es a las diez de la noche.

– ¿Y si alguien se quiere ir al otro lado después de esa hora?

– Será en lancha particular o nadando, porque ferry no hay.

Yo quise saber qué opinaba el administrador de un negocio en el ferry, como Delgado del proyecto del puente sobre el Lago.

– ¿El puente?... ¡Ah, no, eso no hacen!... ¿Que si es bueno?... ¡Cómo no! Eso es una gloria para el Zulia, es lo más grande que va a tener la República...

Para Delgado, la solución del puente, "todo por arriba, que se vea", es la mejor, porque "es más vistosa".

Lo mismo piensa Amalio González, un margariteño que sin saber leer ni escribir lleva 25 años trayendo y llevando recados desde Cabimas para los bancos y "el comercio en general" sin pelarse nunca de dirección, entregando los sobres en sus destinos, dejando los paquetes en las direcciones que le dicen y llevando el dinero a cada lugar sin faltarle nunca una locha.

– ¿Una locha? –me dice Delgado– ni 40.000 bolívares, que es lo que se encontró una vez Amalio metidos, en un portafolio botado en el suelo, y lo entregó entero a un Banco para que buscaran al dueño.

Y Amalio continúa haciendo sus recados con la misma pulcritud y sigue viviendo en la misma casita de bahareque con compartimientos de cartón roído en Cabimas, conde está desde que llegó al Zulia. Me dijeron que en atención a su honradez y sus servicios, la sociedad de comerciantes del Distrito Bolívar ideó hace algunos años regalar a Amalio una casa. Pero el proyecto quedó en esos esquemas de obras buenas que no se realizan.

¿Por qué no se premiará la virtud con la misma sanción oficial con que se castiga el delito?

–4–

Amalio nunca espera al ferry en el muelle. Porque está demasiado ocupado para llegar temprano, y también porque están más seguros sus paqueticos, sus sobres y sus encargos si no pierde mucho tiempo esperando. Calcula cuándo sale el ferry, que ya es un viejo amigo que está al tanto de sus demoras y sus apuros, y se deja rodar por el malecón en el momento justo de partir. Amalio es como un reloj que marca la hora de los ferrys. "Hasta lloviendo se viene a tiempo".

Amalio no sabe leer. Y parece que alguien trató una vez de ayudarle leyéndole un membrete; pero se sintió un poco ofendido y no insistieron. El conoce los sobres por los membretes y los paquetes por las etiquetas, y tiene como un instinto especial ayudado por el olfato, que distingue los olores peculiares de las boticas y los almacenes de telas. El dice que guarda en la memoria las formas de los paquetes y el color de la envoltura. Así debe ser.

Me contaban en el ferry, y esto no va en desdoro suyo, que en una ocasión preguntó a alguien en un rincón del barco:

– Ve, pa quién es esto...

Y le hizo leer una etiqueta. Pero justamente se recuerda el hecho como raro. La verdad, redonda es que nunca se le ha perdido un paquete ni un papel.

Amalio está exonerado de pago en los ferrys. Es la única persona que viaja gratis; aparte de los empleados de la Compañía, claro. Realmente Amalio comenzó como timonel del vaporcito "Gómez". El "Gómez", como le llamaban allá por el 28. Pero pronto su oficiosidad y la pulcritud con que hacía los recados de favor a las gentes le enseñaron el camino de una especie de agencia de encomiendas entre Maracaibo y el

Distrito Bolívar que ha permanecido desde hace casi 30 años sin crecer, sin aspiraciones, contentándose con su formalito de hombre honrado.

Y desde hace años repite lo mismo. Sale tempranito de Cabinas en un carro por puestos por entre los cardones, los frailejones, el chivichive, los caretos verdes y morados y los pringamozas que flanquean el macadam caliente que conduce hasta Palmarejo, toma su ferry, baja en el malecón, llega al Banco Venezuela, frente al mercado, va a las boticas de la Calle Comercio, que son muchas, entrega sus cosas, recoge las que haya para Cabinas, y tempranito de regreso a su casa, por el mismo camino, entreteniéndose en el ferry con un cordoncito haciendo nudos marinos para ocupar la hora de travesía, que se le antoja lenta, sin perder por eso de vista sus encargos, con menos impaciencia que Febres, que ya antes de llegar a Palmarejo me está llamando la atención:

- Hay que estar al pie de los corotos, porque es mucha la fieras que hay...